

El matrimonio se estableció en Roma, donde Santiago trabajó hasta el regreso a Madrid en 1961. Dios les bendijo con nueve hijos. Desde Roma, san Josemaría no los olvidaba. Y, concretamente, en 1968, tomó la decisión de solicitar la rehabilitación del título nobiliario de Marqués de Peralta. Se lo traspasó a Santiago en 1972: “En cuanto pasó un tiempo prudente. En este asunto obró siempre solidariamente conmigo, que a fin de cuentas iba a ser el beneficiario” (S. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Romana*, 1992, p. 146).

Desde 1961 hasta el final de su vida Santiago vivió en Madrid, aunque realizó viajes a Roma en ocasiones señaladas. Tuvo la satisfacción de poder asistir con profunda alegría a la beatificación de san Josemaría en 1992. Falleció en Madrid el 25 de diciembre de 1994.

Bibliografía: AVP, *passim*; Salvador BERNAL, *Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer. Apuntes sobre la vida del Fundador del Opus Dei*, Madrid, Rialp, 1976; Santiago ESCRIVÁ DE BALAGUER, “Josemaría, para mí, más que un hermano, fue un padre. Era un santo «de carne y hueso», no un santo de «pasta flora», entrevista realizada por Santiago Álvarez, *Palabra*, 326 (1992), pp. 243-247, publicada también como “Un’entrevista all’Avv. Santiago Escrivá, fratello del Fondatore dell’Opus Dei”, *Romana. Bolletino della Prelatura della Santa Croce e Opus Dei*, 14 (1992), pp. 140-146; *Id.*, “Mi hermano Josemaría”, 17-V-1992, *ABC*, Madrid.

Salvador BERNAL

ESPAÑA

1. El desarrollo de las labores apostólicas del Opus Dei en España entre 1928-1946.
2. El desarrollo de las labores apostólicas del Opus Dei en España entre 1946 y 1975.
3. Recapitulación: las labores apostólicas del Opus Dei en España en junio de 1975.

El Opus Dei nació y tuvo su primer desarrollo histórico en España en 1928. A la

muerte de san Josemaría, había fieles del Opus Dei en toda la geografía peninsular. La labor apostólica general del Opus Dei la conforma la suma de la actividad apostólica personal de los miembros de la Obra. Las obras apostólicas son iniciativas singulares de servicio (asistencial, sanitario, educativo, social, etc.) que desarrollan los fieles de la Obra junto con otros ciudadanos de manera corporativa en razón de su libertad. La Prelatura asegura la atención espiritual y que la formación que se imparte está en consonancia con la doctrina de la Iglesia, en pleno respeto a la libertad de las conciencias de todos los que trabajan o se benefician de aquella labor.

Estas ideas ofrecen, junto a un resumen de la configuración del apostolado del Opus Dei, una guía a la que nos atenderemos a continuación. A diferencia de otras voces del *Diccionario*, destinadas a ofrecer una visión de conjunto del apostolado del Opus Dei en un determinado país, en la que se incluye el análisis de los inicios y del impulso que san Josemaría dio a esa labor, aquí se comienza directamente por la descripción del desarrollo, ya que, habiendo tenido lugar en España la fundación de la Obra, otros aspectos son objeto de voces propias.

En parte por esa razón, y en parte por acotar el tema, hemos dirigido nuestra atención a “las labores apostólicas” en general. Ciertamente, san Josemaría insistió con frecuencia en que el apostolado más importante es el que realiza individualmente cada fiel del Opus Dei, pero intentar describir esta amplia realidad excede los límites de una voz de diccionario.

1. El desarrollo de las labores apostólicas del Opus Dei en España entre 1928-1946

– *Los inicios: 1928-1939*

Hasta la finalización de la Guerra Civil española (1939) la práctica totalidad de la labor apostólica estaba directa e inmediata-

mente vinculada a san Josemaría, bien porque la realizara él, bien porque la impulsara desde la dirección espiritual que impartía a los miembros de la Obra y a otras personas que se acercaban a sus apostolados.

En enero de 1933 se iniciaron los círculos de san Rafael. Eran clases de formación humana y espiritual dirigidas a jóvenes para favorecer la vida de piedad de los asistentes, mediante una percepción viva de la fe, apoyada en el sentido realista de la filiación divina. Tenían un carácter práctico: enseñar a vivir la fe y a realizar apostolado personal con sus iguales, mediante la vida de oración, la práctica de los sacramentos y la santificación del trabajo. Hasta 1936 los impartió siempre san Josemaría. Los testimonios concuerdan en destacar la vibración que transmitía a los asistentes. Eso se traducía en la rápida multiplicación de los grupos, que siempre tenían un número reducido de asistentes para que se mantuviera el espíritu de familia en cada uno. Esta formación ascética y doctrinal se completaba con las meditaciones semanales y los retiros mensuales. Su confianza en la trascendencia futura de los círculos para el desarrollo de la labor apostólica con gente joven fue inmensa desde el primero. A la primera clase sólo asistieron tres personas después de haber invitado a muchos; al finalizar les impartió la bendición con el Santísimo Sacramento. Al hacerlo vio tras a ellos a miles y miles que vendrían, que han venido, a lo largo del tiempo a recibir esa preparación básica para vivir coherentemente la fe en medio del mundo apoyados en su saberse –y procurar actuar en consecuencia– hijos de Dios.

Antes, al menos desde 1931, san Josemaría había procurado que los jóvenes que trataba enseñaran el Catecismo a niños de los barrios extremos de Madrid, casi sin posibilidades de recibir esa formación cristiana esencial. Igualmente visitaba, y atendía con otros, a enfermos y moribundos en los hospitales de la ciudad. Estas actividades servían para seleccionar

a quienes generosamente perseveraban en ellas e invitarles a que se incorporaran a los círculos. Las tareas de formación se dirigían a jóvenes estudiantes, profesionales y artesanos, obreros y artistas; también a sacerdotes. Desde febrero de 1930, comenzaron los apostolados dirigidos a mujeres, que seguía junto con alguno de los sacerdotes más cercanos.

Para facilitar la atención espiritual de los miembros de la Obra y de la gente que se acercaba a ella fue necesario contar con un espacio físico que permitiera el desarrollo de estas tareas. En 1933 se alquiló un piso en Madrid y se instaló la Academia DYA, que significaba Derecho y Arquitectura. También se dieron clases de formación cristiana a grupos de estudiantes cada vez más numerosos. Se trataba de una tarea secular bien definida, que cumplía un servicio en la universidad española de aquellos tiempos. Era ocasión para ampliar la labor apostólica de los miembros de la Obra, ya que desde el primer momento acudieron a las clases de formación, meditaciones y retiros, estudiantes que no asistían a otras clases; eran amigos de los miembros de la Obra, de los que participaban de estos medios de formación y del propio san Josemaría.

La primera sede de DYA se alquiló sin recursos que aseguraran su continuidad ni siquiera en aquel curso 1933-34. Se intentó que tuviera un tono familiar y acogedor. Los ingresos no permitían equilibrar los gastos inevitables; pero la eficacia apostólica de aquel instrumento confirmó la necesidad de buscar un local más amplio que permitiera establecer no sólo una academia, sino también una pequeña residencia. Las actividades de los miembros de la Obra, impulsadas por san Josemaría durante el verano de 1934, estuvieron centradas en la búsqueda de un local adecuado y de los recursos para ponerlo en marcha. La cantidad decisiva la aportó la herencia que recibió la familia Escrivá. Lo que hubiera aliviado su escasez de recursos se

dedicó a la nueva Academia y Residencia DYA, sita en la calle Ferraz.

Desde octubre de 1934 a julio de 1936, los enfrentamientos políticos y la tensión social se recrudecieron notablemente en Madrid y se contagiaron frecuentemente a la vida privada. Sin embargo el tono de vida en DYA era amable y familiar. Se combinaba la fuerte dedicación al estudio con excursiones de interés cultural, paseos o partidos informales de fútbol, además de las actividades específicas de formación cristiana. Mientras los enfrentamientos políticos alcanzaban su clímax en julio de 1936, san Josemaría y quienes le rodeaban se afanaban por montar la nueva sede de DYA en Madrid y preparar la expansión a Valencia y a París. En éstas les sorprendió el inicio de la Guerra Civil, que detuvo el proyecto.

A lo largo de la guerra, san Josemaría y los suyos se empeñaron en la única tarea posible en aquellas circunstancias: sostener la vida espiritual de los que antes acudían por los medios de formación y procurar que se ampliara este núcleo, mediante una intensa correspondencia y el trato personal con los nuevos amigos que se hacían, ya en los frentes, ya en las retaguardias. El mismo día que se rindió Madrid, entró san Josemaría en la ciudad y comprobó que el local alquilado en 1936 para poner la residencia estaba en ruinas. Había que empezar de nuevo.

– *La primera expansión: 1939-1946*

Entre 1939 y 1946 (año en que san Josemaría establece en Roma su lugar de residencia) se pusieron en marcha en España las labores apostólicas fundamentales y características del Opus Dei, tanto dirigidas a la formación específica de sus miembros como a la de las personas que cada vez en mayor número acudían a sus Centros.

Hasta 1939 san Josemaría había llevado de manera directa e inmediata, a través de la dirección espiritual y de los medios

colectivos de formación (clases, círculos de formación cristiana y retiros espirituales), la atención de los miembros de la Obra. Sin embargo, desde los primeros documentos sobre el régimen de la Obra y de sus apostolados, se establecía una organización para la atención espiritual de sus fieles y el impulso de los apostolados. Estas tareas exigieron establecer Centros –normalmente lugares físicos– donde se pudieran llevar a cabo.

La continuidad de DYA fue la Residencia de la calle Jenner de Madrid. Se montó a lo largo del verano de 1939 y abrió sus puertas en octubre. Ocupaba dos plantas. En una estaban las habitaciones de los residentes, la biblioteca, la sala de estar y el oratorio; en la otra, el comedor, la cocina y las habitaciones de san Josemaría, su madre y sus hermanos. También allí se reunían los de la Obra para sus medios de formación y ratos de tertulia familiar, los domingos, alrededor de unas modestas meriendas que aprovechaban, de manera original y con buena mano, las escasas sobras que dejaban los residentes siempre hambrientos en una España con alimentos racionados.

El oratorio y la sala de estudio constituían el centro de la vida en la Residencia, que se llamó simplemente por el nombre de la calle: Jenner. Nadie llamaba capilla al oratorio. Era un modo de destacar la importancia de la estancia para rezar junto al sagrario. Desde luego, también se celebraba la santa Misa y había Exposiciones del Santísimo Sacramento, pero la terminología destacaba una novedad: la importancia de la vida interior de trato directo con el Señor mediante la oración personal, siempre que se pudiera, junto al sagrario. La participación activa en las ceremonias litúrgicas era la consecuencia inmediata de ese trato directo y frecuente con Dios, poco frecuente en los ambientes católicos de la época, que posibilitaba una vivencia más intensa de las mismas.

La sala de estudio casi puede considerarse un invento de los primeros Centros del Opus Dei. No era una biblioteca convencional, aunque siempre se procuraba que estuvieran disponibles los manuales más difundidos y las obras de consulta más empleadas; sino un lugar donde los universitarios estudiaban en riguroso silencio y con una intensidad nada habitual entonces. A la vez que exigente, el ambiente era amable y cada día se rompía el estudio habitualmente con unos minutos de descanso alegre y de oración. Excursiones, paseos y ratos de deporte eran frecuentes entre residentes y amigos. La atmósfera de familia cristiana, el trato confiado y educado, hacían que fluyeran el optimismo y la alegría de manera natural, aunque para san Josemaría y los miembros de la Obra no faltaran dificultades.

La actividad de Jenner se diversificó en tres Centros. Uno de ellos, que se abrió en otoño de 1940, se dedicó a la formación teológica y doctrinal –y del espíritu de la Obra– de las personas que continuamente llegaban. Se llamó Lagasca y era un palacete situado en esta calle del barrio de Salamanca. Allí se trasladaron también la familia de san Josemaría y un reducido grupo de miembros que constituyó el primer Consejo que ayudaría al fundador en el gobierno de la Obra. Ya en julio de ese año se había establecido un Centro en el que sólo vivían miembros del Opus Dei. Estaba en la calle Martínez Campos. Centrarón su actividad apostólica en el trato de jóvenes profesionales como ellos. Luego seguirían otros al compás del crecimiento en edad y número de los miembros. La actividad apostólica de la Residencia con estudiantes universitarios –residentes y no residentes– se trasladó en octubre de 1943 a un tercer Centro: una nueva residencia, La Moncloa, cercana a la Ciudad Universitaria de Madrid.

Aunque la Segunda Guerra Mundial impidió el desarrollo de la Obra fuera de las fronteras españolas, los miembros

de la Obra viajaban los días festivos para acercarse a los conocidos de otras ciudades españolas a la labor apostólica. Allí casi se reproducía el inicio de la Obra misma: al principio no había sede material alguna. Se aprovechaban los lugares públicos para pasear mientras se hablaba; las cafeterías o las habitaciones de los modestos hoteles en que se habían hospedado los que llegaban de Madrid, para explicar el espíritu de la Obra e incluso tener alguna charla de formación o hacer un rato de oración a veces dirigida por el propio fundador, que participaba habitualmente en aquellos viajes.

Valencia desde junio de 1939, Valladolid y Zaragoza desde noviembre del mismo año y Barcelona desde el 30 de diciembre de 1940, fueron las ciudades a las que se viajó y en las que se establecieron los primeros Centros. En todas ellas estuvo físicamente presente el fundador, y muchos de los primeros en incorporarse a la Obra en cada una se lo pidieron directamente a él. Como en todos los sitios, los Centros nacieron de la fuerza y de las aportaciones de los primeros miembros y de sus amigos que participaban en los medios de formación. Los nombres que les pusieron indican bien a las claras el buen humor y la modestia de los principios. En Valencia, *El Cubil* indicaba el tono del local; en Barcelona, *El Palau* –el palacio– ironizaba con los escasos metros cuadrados del piso; *El Rincón* de Valladolid casi era eso exclusivamente; en Zaragoza ni siquiera hubo lugar propio en que reunirse hasta 1942. Esos primeros apartamentos dieron lugar a otras labores apostólicas semejantes a las ya establecidas en Madrid: residencias de estudiantes, centros para profesionales y, en algunos casos, Centros de Estudios para formar a los que seguían llegando. En 1946, cuando san Josemaría partió para instalarse definitivamente en Roma, había Centros de numerosos en Madrid, Valencia, Barcelona, Valladolid, Zaragoza, Bilbao, Sevilla, Granada y Santiago, y en todos estos lugares había también residencias universitarias: Jenner, antecedente de La Moncloa, en

Madrid desde 1939; Samaniego, que luego pasaría a ser La Alameda, en Valencia desde 1940; Abando en Bilbao, Guadaira en Sevilla y El Albayzín en Granada desde 1945; siguieron La Estila en Santiago desde 1948, Monterols en Barcelona desde 1949 y Miraflores en Zaragoza desde 1950.

A la vez que tenía lugar este despliegue progresivo, al paso de Dios, de labores apostólicas que atendía de manera directa o impulsando a los de la Obra, san Josemaría se dedicó intensamente al desarrollo de los apostolados con mujeres. Del primer intento había quedado la perseverancia hasta la muerte de una mujer que entendió su entrega como un ofrecimiento de sus abundantes e intensos dolores por el desarrollo de la Obra: María Ignacia García Escobar. También se acercaron a la Obra otras mujeres, pero las incidencias de la Guerra Civil española hicieron que su relación con san Josemaría se rompiera, salvo en un caso: el de María Dolores Fisac. Después de la guerra fue necesario recomenzar casi desde el inicio. San Josemaría procuraba poner en contacto con su madre y con su hermana a las mujeres que atendía en su tarea de orientación espiritual y que veía con capacidad de entender el espíritu de la Obra. Otra fuente de contactos fueron los miembros de la Obra que le hablaron de sus hermanas.

En otoño de 1940 san Josemaría vio la necesidad de reunir las para atender más eficazmente a su formación y facilitar el apostolado. Se alquiló un piso en la calle Castelló, que duró poco. En aquella España no se entendía qué podían hacer unas mujeres jóvenes solas y hubo que cerrarlo. Las actividades formativas se trasladaron a una parte del edificio de Lagasca, absolutamente independiente de la que ocupaban los hombres.

Entre marzo y diciembre de 1941, san Josemaría predicó varios cursos de retiro a mujeres (en Valencia, Lagasca y Burjasot). En julio de 1942 se abrió el primer Centro de la Obra dedicado al apostolado

con mujeres. Se estableció en Madrid, en la calle Jorge Manrique. Una de las primeras actividades fue un curso de retiro que predicó san Josemaría en noviembre del mismo año. Para entonces ya había desplegado ante las que allí vivían un amplio abanico de labores profesionales de entraña apostólica que ellas, y quienes viniesen detrás, desarrollarían en España y, casi enseguida, por todo el mundo. De hecho, en enero de 1943 comenzaron las actividades de la labor de San Rafael (círculos y visitas a los pobres); en octubre de 1943, iniciaron la atención de la Administración de la Residencia de La Moncloa y de otros Centros; en 1944, los viajes regulares a Valencia y Barcelona para tratar apostólicamente a más personas; en la primavera de ese año, en La Moncloa, las clases de formación cristiana para las empleadas del hogar... En noviembre de 1944 un grupo se trasladó a vivir a Los Rosales, que iba a ser el primer Centro de Estudios de numerarias.

En resumen, a principios de 1945 había tres Centros de mujeres de la Obra, los tres en Madrid. En septiembre se empezó en Bilbao, en la zona dedicada a la atención de la administración doméstica de la Residencia Abando. Comenzaba la expansión por toda España. En 1947 se inauguró en Madrid, en la calle del mismo nombre, la Residencia Zurbarán, la primera residencia de estudiantes dirigida por mujeres del Opus Dei.

2. El desarrollo de las labores apostólicas del Opus Dei en España entre 1946 y 1975

Aunque san Josemaría trasladó su residencia a Roma en 1946, no faltaron sus iniciativas y sugerencias para que en el país donde había más miembros de la Obra se iniciaran actividades apostólicas al servicio de la sociedad civil, de la Iglesia universal y de las diócesis españolas. San Josemaría siempre respetó la autonomía de los directores del Opus Dei en España, que veían en sus propuestas e indicacio-

nes ocasiones de caminar, con mayor exigencia, siguiendo el ritmo que el fundador les marcaba. Algunas de estas iniciativas eran antiguos proyectos que bullían en su corazón y en su mente desde hacía décadas; otras, eran respuestas a nuevas situaciones que dificultaban la acción de Dios en las almas. Pueden encontrarse relaciones de estos proyectos para el futuro en los primeros documentos que escribió para los miembros de la Obra antes de la Guerra Civil española. Unas querían atender sectores sociales menos favorecidos en el campo y en las ciudades; otras tenían tal amplitud que desbordaba el panorama de las clases sociales concretas. En unos casos el protagonismo en la iniciativa correspondió a las mujeres del Opus Dei y sus amigas; en otros, fueron los hombres quienes las iniciaron. Con el tiempo unas y otros dirigieron labores de carácter similar, pero de manera independiente; aunque en algún caso trabajaron al unísono en actividades universitarias o de asistencia hospitalaria.

Como se ha podido ver en la descripción histórica del epígrafe anterior, lo fundamental de cada una de estas iniciativas es el profundo respeto de san Josemaría y de las personas de la Obra que trabajaron en ellas, a la naturaleza de la institución que nace de sus empeños apostólicos y de sus deseos de servicio a todos los que se acerquen a ellas. Por ejemplo, quienes iniciaron la Universidad de Navarra querían empezar una universidad: la mejor que fueran capaces de hacer y, a ser posible, tan buena como la mejor. Y esa intención se mantiene plenamente en la actualidad. A veces esta actitud básica y fundamental de las labores apostólicas que quería el fundador encontró incomprensiones; como las de unas señoras que se asombraron de que el Colegio Tajamar no pareciera un colegio de niños pobres. Los miembros de la Obra que lo empezaron quisieron hacer un colegio: lo mejor posible; aunque estaba situado en una Vallecas superpoblada de emigrantes que huían del

hambre que campaba en las zonas rurales españolas de los años cincuenta. No les cabía en la cabeza, como profesionales de la educación, plantearse uno mediocre; ni como cristianos, que los hijos de los pobres no tuvieran derecho más que a una educación de segunda.

La primera labor educativa que iniciaron los miembros del Opus Dei en España fue el Colegio Gaztelueta (Guecho, Vizcaya). Se inició en octubre de 1951, aunque la idea venía de antes. El interés de san Josemaría en esta labor era enorme. Desde luego, porque los miembros de la Obra avanzaran efectivamente en su personal camino de santidad trabajando allí; pero también—como escribió a los que iniciarían aquella labor— porque “Gaztelueta será el modelo, para futuros colegios en todo el mundo” (*Gaztelueta*, 21). El protagonismo de los padres en la promoción del colegio (ellos buscaron el lugar para establecerlo y pidieron a san Josemaría que fueran miembros de la Obra quienes lo dirigieran), el respeto a la libertad y responsabilidad de los alumnos (cultivo de todas las virtudes humanas, especialmente la sinceridad, la comprensión, la reciedumbre, etc.) y un clima educativo basado en la confianza, constituyeron los pilares de un modo de entender la educación que se ha concretado luego en multitud de ambientes sociales y culturales de todo el mundo. Con estilo propio y con arraigo específico, esta experiencia de Gaztelueta se trasladó primero, en 1958 y por iniciativa del mismo fundador, a lo que entonces era un barrio obrero de Madrid de intensa emigración y bajo nivel económico y cultural, y con un inmenso censo de niños sin escolarizar. Allí nació Tajamar, que tras cuatro años de forzado nomadeo en busca de su sede definitiva, lo hizo en su actual emplazamiento. Esta conexión entre los colegios—la iniciativa e idea del fundador del Opus Dei— dejó incluso un rastro material: el amplio pasillo de las oficinas de dirección en Tajamar estuvo decorado durante mucho tiempo con los dibujos enmarcados de los alumnos

de Gaztelueta de aquellos primeros años. Por otra parte, desde 1954, san Josemaría animaba a algunas personas de Barcelona, quienes acabaron constituyendo Brafa, una escuela deportiva que podía llegar a muchas personas.

El prototipo de Gaztelueta se trasladaría a otras ciudades españolas con el paso del tiempo. Cada uno con su personalidad y estilo propio: primero –en 1959– las mujeres de la Obra, también por impulso directo de san Josemaría, iniciaron en Valencia Guadalaviar, primero como guardería y desde 1963 como colegio. Ese mismo año comenzaba sus clases Viaró en Barcelona y Retamar lo hacía en 1966 en Madrid. La tradición de Tajamar y la iniciativa de san Josemaría originaron labores educativas dirigidas a los grupos sociales más necesitados de Pamplona (Irabia, desde 1964), Girona (Bell-lloc, desde 1965), Barcelona (Xaloc, desde 1964) y Sevilla (Altair, desde 1967). En esta línea también, las mujeres de la Obra, animadas por san Josemaría, pusieron en marcha el colegio Pineda en Barcelona, en 1963 y el Colegio Senara, en el madrileño barrio de Moratalaz, en 1964. Cada uno de estos colegios tiene su propia tradición e historia, arraigo en su entorno cultural más próximo y sentido de lo universal apoyado en una concepción cristiana del hombre. A la vez, sus proyectos educativos subrayan la importancia de la atención personalizada de los alumnos y el impulso de la responsabilidad de las familias en la educación de sus hijos. Estas tareas se desarrollan siempre en un clima de libertad responsable y de respeto a las creencias religiosas de las familias.

Por otra parte, y como respuesta a la preocupación por la formación humana y espiritual de los hijos de supernumerarios, y de otros padres que quisieran asegurar un ambiente acogedor, abierto, sincero y recio para los suyos, san Josemaría les animó a organizar clubs juveniles en los que recibieran una formación complementaria mientras disfrutaban de su tiempo libre. En

1958 comenzaron las actividades de Jara (Madrid) y Daumar (Barcelona) y desde entonces este tipo de Centros se multiplicaron por todo el país con el apoyo decidido de nuevas generaciones de padres.

No sabemos desde cuándo estuvo en la mente de san Josemaría la idea de fundar la Universidad de Navarra en Pamplona (cfr. PONZ, 2001, p. 28, nt. 35). La primera fecha segura es 1951 (cfr. PONZ, 2001, p. 28). Quizá desde 1938, cuando estuvo en aquella ciudad tras pasar a la zona nacional a través de Francia. En cualquier caso, “a su gran fe, amor de Dios y afanes de servicio, se debe el impulso fundacional, los fines, características esenciales y espíritu de la Universidad” (PONZ, 2001, p. 28). Como Gran Canciller asumió institucionalmente esta atención que con frecuencia se concretaba en cosas aparentemente pequeñas que fijaban la mente, el enfoque, para el gobierno (cfr. SÁNCHEZ BELLA, 2001, p. 22).

En 1952 un grupo de profesores miembros de la Obra inauguraron el curso de la Escuela de Derecho, entonces el único centro del Estudio General de Navarra, origen de la posterior Universidad de Navarra. En 1954 empezaron los estudios de Medicina y de Enfermería gracias al empeño de san Josemaría y a pesar de las objetivas dificultades que suponían (cfr. SÁNCHEZ BELLA, 2001, p. 18). Al año siguiente se iniciaron los estudios de Filosofía y Letras (sección de Historia). En 1958 –junto a estas facultades clásicas– la Universidad muestra su espíritu innovador y abierto con la apertura del Instituto de Estudios Superiores de la Empresa –IESE–, en Barcelona y el de Periodismo en Pamplona. El primero, con un enfoque innovador e internacional –en aquella España todavía cerrada sobre sí misma–, que el propio san Josemaría hizo suyo (cfr. VALERO, 2001, p. 144), inspirado en los centros de referencia de aquel entonces (Lille, primero, y Harvard, después). Por lo que se refiere al de Periodismo, por primera vez en España se adscriben estos

estudios –precedente de los actuales de Comunicación– a una universidad.

En agosto de 1960, lo que hasta entonces era el Estudio General de Navarra pasó a ser erigido como Universidad por la Santa Sede: único camino posible en un país estatizado, la España de entonces, para establecer un centro universitario de iniciativa privada. Sólo un acuerdo internacional de obligado cumplimiento para los signatarios –Concordato de 1953– permitió romper el monopolio estatal. Las gestiones que condujeron a este reconocimiento del Estado español, obligado por la ley, tuvieron lugar en Roma y Madrid. El impulso y seguimiento de san Josemaría y la fiel dedicación de los talentos de quienes realizaron estas gestiones y estudios lograron remover los obstáculos no pequeños que se presentaron. En 1962, por fin, el Estado reconoció la plena validez de los títulos universitarios de la Universidad de Navarra, sin necesidad de revalidarlos en Zaragoza, como se había exigido hasta entonces. Asegurada su estabilidad institucional con este reconocimiento, el desarrollo de la Universidad aceleró su ritmo de crecimiento, mejora y diversificación hacia la excelencia universitaria.

En el campo, los tradicionales problemas de rendimiento, técnicos, sociales y de carácter cultural, además de los derivados del régimen de propiedad, se agudizaron en una España que centraba sus recursos en la reindustrialización durante los años cincuenta. La emigración a los núcleos industriales se intensificaba paulatinamente sin mejorar las condiciones de vida en un campo poco permeable a los cambios que exigían las modernas explotaciones. Para san Josemaría esta situación constituía una llamada a la acción, entre otras cosas porque tenía el convencimiento de que sólo la mejora de las condiciones de vida posibilitaría una vida alejada de las necesidades más inmediatas y perentorias, más plena, y por lo tanto

más abierta a la formación cristiana de las gentes del ámbito rural.

Esta inquietud la compartían las personas de la Obra que se movían profesionalmente en estos ambientes. Desde 1960 comenzaron las iniciativas, alentadas por san Josemaría. Primero, en 1962, fueron granjas escuela y escuelas de capataces. Luego, desde 1967, se adoptó un modelo francés que aportaba una experiencia muy positiva en el país vecino. Algunos miembros de la Obra entendieron que esa fórmula podía aplicarse con igual éxito. Así nacieron las Escuelas Familiares Agrarias. En la mente de san Josemaría estas iniciativas en el mundo rural español no se limitaban a nuestro país. Así lo manifestó a uno de los iniciadores: “tenéis que pensar en todo el mundo”, le dijo en 1962.

A mediados de los años sesenta comenzó a sentirse una cierta inquietud entre padres de familia católicos que percibían cómo en las clases de religión y en otras materias de indudable importancia doctrinal se impartían contenidos que se alejaban de la doctrina común de la Iglesia. El proceso hay que ponerlo en relación con el desconcierto que produjo en determinados ambientes la recepción, un tanto tergiversada a veces, del mensaje del Concilio Vaticano II. En cualquier caso y dejando a salvo la recta intención de todos, lo que se producía entre los padres, bien conscientes de su responsabilidad ante Dios de la educación cristiana de sus hijos, era un enorme desasosiego. Durante una estancia en España, los directores de la Obra plantearon a san Josemaría este problema. El fundador les hizo caer en la cuenta de que precisamente esa responsabilidad que los padres sentían ante el Señor los debía mover a solucionar lo que era para ellos motivo de alarma: nadie podría negarles –ni la Iglesia, ni ningún estado– el derecho a organizar la educación de sus hijos. No era sólo un derecho que tenían como fieles, sino también como padres.

Junto a estas razones había otras de carácter pedagógico relacionadas con la introducción de nuevas formas de entender la educación que se estaban generando en la España de entonces. Algunos de estos innovadores eran miembros de la Obra. Consideraban que el desarrollo del alumno como persona constituía el centro del proceso educativo y que el cometido del centro no era asumir la exclusividad de ese proceso, sino el de lograr la colaboración de los padres en ese empeño. Desde luego, el desarrollo personal se entendía unido a la idea de que cada persona es hijo de Dios, núcleo central de la espiritualidad del Opus Dei. El resultado de este conjunto de inquietudes fue una nueva empresa educativa: Fomento de Centros de Enseñanza. La empresa se ocuparía de facilitar a los padres que quisieran promover centros de enseñanza de estas características las experiencias y los modos de actuar oportunos. Con todo, al principio, sólo cabía alentar a los grupos promotores que iban surgiendo en varias ciudades españolas. Es difícil valorar qué constituía la novedad más importante en el panorama de las iniciativas educativas españolas, confesionales o no: si el hecho de que fueran grupos de padres quienes optaran por este moderno modelo educativo; o el modelo mismo. La iniciativa de los padres adquirió formas originales en la promoción de cada colegio. Las primeras ciudades en las que se abrieron fueron Córdoba (Ahlzahir), Pamplona (El Redín), Madrid (El Prado), Vigo (Las Acacias) y Barcelona (Canigó). En estas dos últimas ciudades los primeros colegios de Fomento fueron para niñas. Era el año 1963. En 2011 son treinta y cuatro los colegios que se integran en Fomento y varias las sociedades similares que han puesto en marcha iniciativas semejantes en España.

En un contexto análogo, ya en los años setenta, san Josemaría animó a algunos miembros de la Obra a empezar centros universitarios. Era un imposible legal por entonces, pero algunos encontraron

fórmulas para iniciar tareas de docencia universitaria que luego, con la transición a la democracia, posibilitaron la puesta en marcha de centros universitarios como Villanueva (Madrid).

El santuario de Torreciudad constituye uno de los más originales proyectos que manifiestan el empeño del fundador por facilitar el acercamiento de las gentes al Señor a través de lo que siempre definió como el camino adecuado para ir y volver a Jesucristo: su Madre, nuestra madre, la Virgen. Como se ha visto antes, las labores apostólicas que puso en marcha san Josemaría tenían un sentido de servicio directo a la sociedad civil, por su carácter asistencial o educativo. Aquí el servicio se pretendía directo a las almas, a su conversión, a su mejora espiritual. Desde luego no ha faltado una promoción cierta de carácter social en el entorno; pero no era ésa la finalidad primera que se buscaba. El objetivo era sencillo y audaz: lograr, bajo el amparo de la Santísima Virgen, gracias que el Señor daría a quienes acudieran a venerar a su Madre bendita. Afirmaba san Josemaría: “Esos son los milagros que deseo: la conversión y la paz para muchas almas”. Ese criterio se refleja en el ambiente que rodea el santuario: en Torreciudad no hay tiendas, ni hoteles. Sólo lugares que facilitan el encuentro con Dios a través de su Madre: celebraciones litúrgicas, cursos de retiro espiritual, días de formación cristiana, amplios horarios de confesiones, rezo del santo Rosario cada día...

La historia del santuario actual tiene su origen en los deseos de san Josemaría de continuar la acción de gracias que centra un episodio de su vida: la peregrinación que sus padres hicieron a la antigua ermita por haberle curado, la Virgen de Torreciudad, de una enfermedad por la que le habían desahuciado los médicos. Como siempre, la finalidad original de la ermita ha sido salvaguardada e impulsada, y un centro mariano de alcance regional se ha transformado en un santuario al que acu-

den gentes de todo el mundo a venerar a la Señora. Los primeros miembros de la Obra que se trasladaron a vivir a Zaragoza a finales de los años cuarenta ya hicieron algunas excursiones al lugar para hacerse cargo de la situación. Por entonces se empezaba a borrar la memoria del lugar fuera de sus cercanías. Las gestiones para construir el santuario fueron largas y la empresa económica costosa. Los miembros de la Obra buscaron trabajos extras para hacer una aportación personal y extraordinaria a principios de los años setenta. Los años pasaron y poco antes de su marcha al cielo san Josemaría pudo ver el retablo del santuario, que se inauguró, pocos días después de su fallecimiento, en julio de 1975, con un funeral por su alma.

3. Recapitulación: las labores apostólicas del Opus Dei en España en junio de 1975

Esta sucinta evolución histórica de las labores apostólicas del Opus Dei en España hasta 1975 parece mostrar la realización en el tiempo de una de las descripciones del apostolado que hizo san Josemaría: la piedra caída en el lago que produce círculos cada vez más amplios (C, 831). En el momento inicial en que la piedra cayó, él estuvo todo lo cerca que exigía el ser fundador del Opus Dei para asegurar que se cumpliera el querer de Dios en cada tarea. Normalmente, luego fueron sus hijos, asimilando sus enseñanzas, quienes procuraron que las ondas fueran cada vez más amplias en el espacio y en el tiempo.

Las iniciativas apostólicas promovidas institucionalmente por el Opus Dei se apoyaron desde el principio en la responsabilidad personal de quienes trabajaban y dirigían cada labor. La Obra se responsabilizaba de la formación de sus promotores y garantizaba, en aquellos aspectos que lo requerían, la identidad católica de los contenidos doctrinales impartidos. El desarrollo histórico del Opus Dei en sus aspectos jurídico-institucionales y sociales (aumento

de los miembros y expansión por el mundo), así como la evolución cultural, política, social y económica de los países en los que había personas que se incorporaban a la Obra, ha ido concretando en cada momento el grado de implicación institucional del Opus Dei en la puesta en marcha y orientación de cada labor apostólica.

Desde los inicios de la Obra, la relación de san Josemaría con las labores apostólicas obedecía a un criterio de fondo: él personalmente había recibido un carisma que transmitía a quienes se iban incorporando a sus afares de santidad en medio del mundo con la convicción de su plena misión apostólica como bautizados, y por tanto asumiendo personalmente la responsabilidad. No es extraño que los primeros residentes de DYA le vieran como la autoridad, aunque fuera Ricardo Fernández Vallespín el director a todos los efectos de aquella institución. La primera extensión de las labores apostólicas tras la Guerra Civil y hasta los años cincuenta casi se limitó a las residencias universitarias y a los centros de formación para fieles de la Obra. Quienes dirigieron estas residencias eran los primeros miembros que habían vivido en ellas con san Josemaría y entendieron que habían de transmitir el ambiente y el modo de comunicar la formación humana, espiritual y doctrinal que ellos habían recibido directamente del fundador. Su originalidad consistía, en cada caso, en lograr el arraigo de todo aquello en cada contexto, en las distintas idiosincrasias.

Durante los años cincuenta se pusieron en marcha las primeras labores de enseñanza: los colegios Gaztelueta y Tajamar, y la Universidad de Navarra. En estas iniciativas la impronta directa de san Josemaría para su puesta en marcha fue muy intensa y también el seguimiento de su primer desarrollo, muy centrado en lo que se refería al sentido apostólico de estas tareas y a su capacidad efectiva de transparentar el espíritu del Opus Dei. El desarro-

llo de estas labores apostólicas possibilitó también la formación de los miembros de la Obra en dos sentidos. En uno directo: quienes fueron trabajando en estas primeras labores apostólicas de enseñanza media y universitaria adquirieron la ciencia y experiencia correspondiente. En otro indirecto: la generalidad de los miembros del Opus Dei pudieron comprobar –y en cierto sentido se les abrieron los ojos– la variedad de proyectos que podían emprender con ayuda de otras personas, incluso no católicas o no cristianas, y cómo en muchos de ellos simplemente habían de asumir la responsabilidad de su impulso por el hecho de ser padres, madres, profesores o líderes sociales por algún concepto.

A lo largo de los años sesenta se asentaron estas labores apostólicas y se iniciaron algunas semejantes; pero la novedad fue que fieles del Opus Dei, por iniciativa y con responsabilidad propia, aunque animados en su empeño por san Josemaría, suscitaron nuevas tareas educativas. Un grupo de ellas han tenido y tienen una importancia destacada y una enorme amplitud en la promoción social y educativa de los ambientes rurales españoles: las Escuelas Familiares Agrarias (EFAs). Otras constituyeron una novedad radical que puso en planta un aspecto de la doctrina de la Iglesia: la responsabilidad de los padres en la educación cristiana de sus hijos y su consiguiente derecho a promover directamente centros educativos que lo aseguraran. La red de colegios de Fomento de Centros de Enseñanza fue su primera concreción. La madurez de los miembros de la Obra que pusieron en marcha estas iniciativas se reflejaba en que eran totalmente responsables de todos sus aspectos técnicos, económicos, jurídicos, etc. El Opus Dei institucionalmente sólo atendía a la orientación y atención espiritual de éstas, mediante el nombramiento de capellanes.

Hasta 1975, cada una de estas labores se fue desarrollando al compás de las necesidades y de las iniciativas de los di-

rectores y de los miembros de la Obra, en muchos casos explícitamente animados por san Josemaría. Él subió con decisión a la barca en la que se montaron luego quienes compartían sus afanes apostólicos; les marcó el rumbo (*Duc in altum*) y les enseñó a navegar. Sus hijos intentan ahora mantenerlo y trabajar con el garbo que les transmitió.

Voces relacionadas: Organización y gobierno del Opus Dei; Universidad de Navarra; Viajes apostólicos.

Bibliografía: AVP, *passim*; José ASENJO SEDANO, *Una siembra fecunda. Testimonios sobre el Fundador del Opus Dei de las gentes del campo andaluz y extremeño*, Sevilla, Confederación de EFAs de Andalucía y Extremadura, 2002; John F. COVERDALE, *La fundación del Opus Dei*, Barcelona, Ariel, 2002; Francisco PONZ, “Principios fundacionales de la Universidad de Navarra”, CCEDEJ, V (2001), pp. 23-65; Ismael SÁNCHEZ BELLA, “Recuerdos sobre el comienzo de una gran aventura”, CCEDEJ, V (2001), pp. 15-22; Antonio VALERO, “Los comienzos del IESE: el impulso del Beato Josemaría”, CCEDEJ, V (2001), pp. 139-151.

Julio MONTERO

ESPERANZA

1. La esperanza en la vida de san Josemaría.
2. Esperanza teologal, experiencia vivida de la gracia de Dios y esperanza humana.
3. La esperanza cristiana, una realidad auténticamente humana.
4. La fuerza de la esperanza teologal no es compatible con la pasividad y la evasión irresponsable.
5. La lucha ascética cristiana, manifestación de la virtud de la esperanza.
6. El apostolado cristiano, fruto de la esperanza.
7. Conclusión: la esperanza cristiana y la llamada universal a la santidad.

La virtud teologal de la esperanza, básica en todo cristiano, lo fue también en la vida y en la enseñanza de san Josemaría. En 1934, escribió en *Consideraciones*

Aviso de Copyright

Cada una de las voces que se ofrecen en esta Biblioteca Virtual forma parte del *Diccionario de San Josemaría Escrivá de Balaguer* y son propiedad de la Editorial Monte Carmelo, estando protegidas por las leyes de derecho de autor.